

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*El geógrafo Orlando Ribeiro a través de sus Opúsculos**

Las obras principales de Orlando Ribeiro son bien conocidas en España, al menos las de carácter más general: *Portugal, o Mediterrâneo e o Atlântico*, que ya cuenta con cinco ediciones; *Geografia e Civilização*, dos veces editada; los *Ensaio de Geografia Humana e Regional*; *Mediterrâneo. Ambiente e Tradição*, y el tomo quinto de la *Geografía de España y Portugal* que dirigió Terán en 1955 para la editorial Montaner y Simón. También los artículos publicados en *Finisterra*, en las revistas francesas de habitual consulta en los centros españoles de investigación geográfica y en las actas de los congresos internacionales. No así otros muchos escritos «menores» que quedaron inéditos o vieron la luz en publicaciones poco o nada difundidas en nuestro país. Aunque ya con algún retraso, parece conveniente por eso traer a colación la aparición de los seis volúmenes que bajo el título global de *Opúsculos Geográficos* ha ido editando la Fundação Calouste Gulbenkian de Lisboa entre 1989 y 1995, unos recopilados por el mismo Ribeiro y otros por Suzanne Daveau, su esposa y también ilustre docente e investigadora de la Geografía.

La mayor parte de esos *Opúsculos* entrañan tanta enjundia como aquellos tratados principales y revelan, quizá mejor que ellos, la personalidad de quien ha sido creador y maestro de la escuela geográfica lusitana. Su cantidad, calidad y variedad temática nos muestran un incansable viajero y lector que ha ido grabando bien en su

mente y contrastando los hechos físicos y humanos que encontraba en sus caminatas y en sus lecturas. Entendiendo que nada del espacio terrestre ha de sernos indiferente, que toda ciencia de observación, como la que a él y a nosotros ocupa, es un compromiso entre la realidad y la inteligencia; que la Geografía es al mismo tiempo ciencia de base y de convergencia, punto de partida y de encuentro. Útil por su mismo carácter científico, ya que de manera constante llama a la reflexión, y porque al mostrar la variedad del mundo y de los hombres inclina el espíritu a la equidad, la tolerancia y la comprensión. Y que, gracias a su carácter pluridisciplinar, es también de posible utilidad para el gobierno de los pueblos, en lo que, para desgracia de éstos, los geógrafos no suelen ser llamados a participar en la aplicación. Y que, por todo ello, se puede juzgar al estudioso de la superficie terrestre observando la forma en que trabaja, en la que análisis y síntesis han de combinarse de manera armónica. Que la diversidad y la complejidad de los hechos geográficos exigen de quien los analiza y explica que sistematice, sometiendo tal variedad de apariencias a continua y profunda reflexión. Porque viajar, observar, describir e interpretar no es todo, se completan alambicando esos fundamentos a través del razonamiento teórico. Pues, al igual que antes afirmara Baulig, sólo comparando y razonando puede alcanzarse la presunción de haber tocado la verdad. Es lo que Orlando Ribeiro va desgranando en sus escritos sobre el sentimiento de la naturaleza en el arte y en el pensamiento científico, el oficio de geógrafo, nueva Geografía y Geografía clásica, las formas movedizas del paisaje, caracteres y contradicciones de la Geografía regional, tradición e innovación en el sistema de la Geografía y, en general, en los distintos artículos, meditaciones o conferencias que componen el volumen primero o de *Síntese e Método*.

* Después de escrita esta reseña se produjo la muerte de Orlando Ribeiro, a fines de 1997. Sirvan estas líneas de homenaje a su memoria.

Todo lo analiza sin prejuicio alguno, actitud que puede resumirse en esto que ha escrito:

«Ao defender ideias contrárias as de Horacio Capel, quero exprimir-lhe o profundo respeito intelectual pela sua enorme cultura, por uma curiosidade que vai muito longe no tempo».

Tal actitud trasciende en el volumen segundo o del *Pensamento Geográfico*, largo rosario de gratitudes a quienes de uno u otro modo considera acreedores de su formación científica. De su maestro Leite de Vasconcellos aprendió que el cultivo de la huerta, la preparación del alimento, la confección del vestido se hacen con materiales naturales, pero que la naturaleza permite al hombre gran libertad en la forma de utilizarlos. Y, a la vez, le marca un camino de observación que

«consiste em ver é que o homem traz de novo, de original, de diferente, modificando a fisionomia dos lugares e marcando o espaço com toda a força de sua presença».

A esas enseñanzas sumó pronto las que buscó en otros maestros precedentes o coetáneos: Siva Télles, introductor de la investigación de nuestra ciencia en Portugal; Virgilio Taborda, «um dos mais vigorosos espíritos da Geografia»; Emmanuel de Martonne, cuyo ejemplo, recibido directamente, «demeure comme un modèle d'une géographie concrète, claire, solide, lumineuse»; su amigo Lautensach, que sintetizó el estudio de la Península en un tratado que es «defesa e ilustração dos métodos clássicos da Geografia itegral»; Carl Troll, primero entre los geógrafos alemanes de su época; Pierre Gourou, cuya obra «demeurerá comme une source permanente de réflexions et de suggestions»; Fernandes Martins, «literário, sem deixar de ser científicamente exacto»; Francisco Tenreiro, colaborador de Ribeiro en la organización del Congreso Internacional de Lisboa; etc.

Ribeiro tropezó al principio con fuertes obstáculos para mantener vivo el carácter científico de la rama del saber que había introducido en Portugal. Necesitaba ver investigaciones que se realizaban en y sobre otras latitudes y mejorar el conocimiento del resto del territorio peninsular, que complementaba el del propio país. Que «la Geografía y la Historia de Portugal siempre (le) aparecieron entrelazadas con la de España». Nuestra guerra civil, que retrasó aquí el nacimiento de la Geografía científica, ya vislumbrada por Dantín, Martín Echeverría y algunos más, le impidió primero y después dificultó también sus intentos de acudir a la Europa transpirenaica en busca del fertilizante que los contactos personales y las nuevas publicaciones podían proporcionarles en pro de la naciente implantación geográfica realizada.

Ir allá sólo podía hacerlo en tren, en viaje nocturno, con los vagones cerrados y con una sobrecarga en el pasaporte, impuesta en la aduana de Fuentes de Oñoro, que indicaba «Sin facultad de detenerse en territorio nacional», o sea, imposibilitándole descender antes de llegar a Hendaya. La posguerra española fue larga y dura y coincidió en sus primeros años con el conflicto mundial. Esa dureza no le arredró para venir a participar en la reunión de estudios geográficos celebrada en Jaca en 1946. Tres años después de aquel encuentro se celebró en Lisboa el Congreso de la U.G.I., al que presentaron comunicaciones distintos investigadores españoles especializados en la ciencia geográfica: Hernández Pacheco, Amando Melón, Solé Sabarís, el mismo Terán, Casas Torres, etc. La revista *Estudios Geográficos* acogió en 1952 el «Cuestionario de Geografía regional», de Orlando Ribeiro y de él es aquel citado tomo quinto de la obra que dirigió Terán sobre ambos países y editó Montaner y Simón. A la par que reanudaba sus estancias transpirenaicas acrecentaba sus conocimientos directos de nuestro país y con los geógrafos de aquí. Mención especial merecen al respecto las alusiones y escritos que ha dedicado a éstos: a Francisco Hernández-Pacheco, «pioneiro de abarcar matéria nova em grandes quadros de conjunto» y quien «nunca supria por uma hipótese, por mais sedutora que fosse, o exame sereno, objetivo e completo dos factos»; a Salvador Llobet, «trabalhador incansável em quem a modéstia e o entusiasmo tanto relevo davam a uma personalidade merecedora de maior estima e respeito»; a Alfredo Floristán, autor de la tesis sobre la Ribera Tudelana de Navarra, que es «modelo de método, de conteúdo e de abertura»; a García Fernández, cuyo capítulo de la Geografía Regional de España le parece «hecho con mano de maestro»; etc. Quedaban ya puestos los cimientos de lo que años más tarde serían el edificio de los Coloquios Ibéricos y el de los trabajos conjuntos sobre el área fronteriza.

De unas y otras evocaciones se aprovecha Ribeiro para exteriorizar el interés y el amor por nuestro país que despertaron en él los aguadores gallegos que conoció cuando era niño; o quizá también los versos que escribiera en el siglo XVI el lisboeta Luis Vaz de Camoens en la epopeya *Os Lusitadas*, de cuya lectura gustaría durante el Bachillerato: «Eis aqui se descobre o nobre Espanha, / Como cabeça ali do Europa toda». En el «Saludo y alabanza a Manuel de Terán» (de quien en el primer encuentro quedó impresionado por «su figura humana y la aportación a la vez tan crítica y tan plena de conocimientos») recuerda el primer viaje que hizo por Gredos:

«Caminando sin otro reposo que no fuera la observación ... aprendí un castellano castizo y popular que me permite dar clases y que es la lengua que más conozco después de la mía propia y del francés que estudié durante siete años de Bachillerato».

Extendió aquel recorrido a las Hurdes, de las que algo sabía indirectamente gracias a «Tierra sin pan», para él «una de las primeras y más notables películas de Buñuel», cuando la carne del jabalí cazado se repartía allí entre todos los vecinos según viejo rito comunal. Cierra el saludo con una evocación a la

«genialidad ibérica ... a cuya formación ha contribuido la aportación espiritual de los diversos pueblos y culturas para los que España ha sido crisol y fundente».

La formación radical de Ribeiro es humanista. Aquel volumen dedicado al pensamiento geográfico empieza precisamente con la descripción geográfica de *Os Lusíadas*, cuyo autor ve que «è um geógrafo contemporâneo» y de cuyos versos va separando lo que es ficción y realidad. Y ese espíritu humanista impregna toda su obra. En el mismo «Saludo y alabanza a Manuel de Terán», copia en distintos pasajes versos de Antonio Machado, «el más geográfico de los poetas modernos». Pero, según señala P. Gourou, su prologuista, O. Ribeiro quiso ser desde el principio de su carrera un geógrafo «total», entendiendo que nada del paisaje le ha de ser indiferente. Así, tras sus estudios de Letras, prosiguió por su cuenta los de Geología en la Escuela de Ingeniería de Lisboa y los de Biología en la Facultad de Medicina; y, durante cuatro años de estancia en París, los cursos normales de Geología y Geografía en la Sorbona, donde fue profesor asociado. Por ello, no ha de extrañar que participara directamente en el levantamiento de las hojas de Nisa y de Castelo Branco de la Carta Geológica portuguesa a escala 1:50.000. Ni tampoco que sus trabajos de geomorfología ocupen un tomo entero, el que lleva por título *Aspectos da Natureza*, en la colección que comentamos. Como es lógico, abundan más los referentes a su país: los de génesis y diversidad de las montañas portuguesas y el carácter continental del trías portugués; la morfología allí del Macizo Hespérico, de la región de Sintra y Cascais, del Macizo de Gralleira, de la Beira baja, del entorno de Vila Velha de Ródão y del Sistema central montañoso; la falla de Ponsul y la fosa del Zézere medio; las rañas, las terrazas del Mondego y los depósitos de Cavado; los niveles pliocenos y cuaternarios de los alrededores de Oporto; etc.

A sus estudios «mayores» reservados al territorio insular (*A Ilha do Fogo e as suas erupções*, de 1954; *A ilha de Madeira até meados do século XX*, de 1949, con traducción en 1985) añade en el mismo volumen dedica-

do a los aspectos naturales de los *Opúsculos* varios trabajos en los que analiza el carácter y las consecuencias de las erupciones volcánicas: Madeira, en la que la propia estructura volcánica favorece el desarrollo de las formas pseudocíclicas; Fogo, «o mais belo exemplo, no Oceano Atlântico, de um aparelho eruptivo completo, emergido das ondas com a regularidade de um modelo clássico», escrito a bordo del barco desde el que fotografió el pequeño cono en erupción que lleva precisamente el nombre de Monte Orlando en honor de él; Faial, con un paisaje que se ve formar y a cuyo análisis acompaña el dibujo sobre la evolución de la isla y buenas fotografías de las erupciones, algunas también realizadas por Ribeiro en plena explosión volcánica.

El territorio portugués se extiende en el sentido de los meridianos, entre el Atlántico y la Meseta castellana y, al igual que el nuestro, cuenta su historia por milenios y ha recibido invasiones de pueblos y culturas diferentes. A los contrastes físicos agrega, pues, los heredados. Aunque no hubiera recibido la influencia del etnógrafo Leite de Vasconcellos, esos contrastes tenían que llamar la atención de Ribeiro, amante de la naturaleza y a la vez de la Historia. Pero también había seguido cursos de Historia económica en la Sorbona, de Geografía económica en la Escuela Normal Superior y de Geografía política en el Colegio de Francia, buenos complementos para su formación humanista y naturalista, que trasciende en su *Inicição em Geografia Humana*. En su interés inicial por el *Mundo Rural*, al que se refiere el volumen IV de los *Opúsculos*, pesa también la importancia que la producción agraria tenía en Portugal y que ocupara más población que el conjunto de los restantes sectores económicos. En el proemio, escrito en 1989 en su retiro de Vale de Lobos, advierte que ha tenido que limar o aumentar esos trabajos de su época de joven e inquieto caminante. Que el modo de vida es una forma de civilización con su carga de tradición que está seriamente amenazada porque la emigración, la subversión de la vida moderna y la mejora de la red viaria despueblan muchos lugares y permiten que la vegetación natural invada seculares labrantíos.

Unos artículos se refieren a los rasgos generales del agro lusitano, la complejidad de la vida rural y la evolución de la agricultura primitiva: abiertales y cortinas, campos-prados del noroeste, los abiertos del interior septentrional, los arborados meridionales, los extremeños de policultivo y los del Algarve, las montañas pastoriles y su posible cartografía, seculares y nuevas industrias, los transportes tradicionales y la pervivencia de ferias y romerías. Con ellos, los referentes a los contras-

tes, el fin de los arcaísmos, la evolución reciente y la reforma agraria. En otro grupo analiza distintos aprovechamientos: los del maíz, el trigo, el algarrobo (*Ceratonia siliqua* L.) y el olivo, en este caso con su significado ecológico, la expansión y las diferencias regionales, la industria y su localización, la exportación y el declive... Los que se refieren al poblamiento y sus formas se inician con un programa para la investigación y una general regionalización, a la que siguen el análisis del carácter de las construcciones y las formas concentradas o dispersas del conjunto y su desarrollo espacial, todo ello en relación con el relieve, la naturaleza de los suelos y el clima, más la propiedad y tenencia de la tierra. Y la tipología de la dispersión, su toponimia e historia. Cieran el volumen los trabajos dedicados al colectivismo agrario, tan semejante a vecinas comarcas españolas como Sayago o Aliste.

Un geógrafo «total» no podía despreciar el conocimiento de las ciudades: ya en 1938, según recuerda la prologuista del volumen de *Temas Urbanos*, quinto del conjunto, Orlando Ribeiro se ocupó del «Sitio e crescimento de Lisboa», que había empezado a estudiar tres años antes. También en este tomo hay estudios generales: «A concentração urbana e os seus males. Documentos e perspectivas de estudo» y «A cidade e o homem». Otro grupo se refiere, igualmente con carácter general, a las ciudades de su país. Lo forman el análisis de las aglomeraciones que tenían dos millares o más de habitantes en 1911 y 1960 y el titulado «Proémio metodológico al estudo das pequenas cidades portuguesas». Un artículo trata de la evolución y perspectivas de los estudios olisipenses. En otros siete va analizando el territorio en el que se asienta la misma Lisboa, con la sierra de Sintra y los grandes cabezos de basalto al norte y los pliegues del calcáreo dorso de Arrábida al sur, y entre el estuario y la oriental uniforme planicie de Ribatejo y los acantilados que a poniente preceden a la desembocadura del río; el emplazamiento de la urbe y la génesis capitalina; las condiciones, los estímulos y los ritmos y tendencias de su expansión; las características del Rossio, la Baixa y los barrios altos; los terremotos y sus consecuencias; la visión que de ella han tenido los viajeros extranjeros... Otros núcleos urbanos o semiurbanos lusitanos y sus funciones han atraído la particular atención de Ribeiro: en la Beira interior, Guarda, Covilhã y Castelo Branco, más Sertã y sus ferias; Oporto, su modernización, la morfología y el puerto; Evora, «a maior feira anual do sul del país», a cuya área de influencia en un sistema de funciones y lugares centrales dedicaría Jorge Gaspar, predilecto discípulo de Ribeiro, un estudio pio-

nero y magistral en su género; los que forman la red urbana de Tras-os-Montes; los almenados y preciosos del alto Alentejo, y Olivenza, portugués hasta 1811.

Los artículos que el autor incluye en ese tomo sobre Toledo (uno de ellos dedicado a J. Porres y M^a Lourdes Campos) y otras ciudades españolas y a lo que de éstas y las portuguesas ha trascendido a las iberoamericanas parecerán superficiales a quienes ahora hacen Geografía urbana más precisa manejando múltiples datos: de propiedad inmobiliaria, fechas de construcción y características de los edificios, distribución de funciones en el conjunto o en cada barrio, ocupaciones, niveles de renta y de sus habitantes, red viaria, área de influencia, etc. Sin embargo, las referencias a la «rua direita» y el «rossio» o a la calle mayor y la plaza mayor como elementos estructurales en la organización y desarrollo de la ciudad histórica en la Península e Iberoamérica y condicionantes al presente de ella pueden ser al menos sugerentes.

En la época universitaria del autor primaban los estudios regionales. Así, su tesis doctoral, presentada en 1935, estudió la Arrábida como contribución al conocimiento de la Geografía regional de su país, que después extendió a los aspectos físicos y humanos del Portugal Central en la tesis de Estado que presentó en la Sorbona. Dentro de esa línea, influida por la escuela geográfica francesa en la que se formó, cabe encuadrar su *Introdução ao estudo da Geografia Regional*, el más concreto *A ilha da Madeira até meados do século xx* y el volumen dedicado a *Estudos Regionais* que cierra la colección que presentamos. El estudio se refiere aquí a las comarcas portuguesas de Miño, Tras-os-Montes, Beiras Alta, Tramontana y Baixa, Sierra de la Estrella, Ribatejo y las españolas de Galicia y del sur leonés. Algunos artículos se centran en aspectos particulares, como el de la ocupación humana y el pastoreo en la Sierra de la Estrella; o en el que da unidad a varios, como «A planície em Portugal». Sobre todos destacan los que son producto de su preocupación por señalar los distintas particularidades a examinar en cualquier estudio de una región y que en conjunto la personalizan (el mismo «Inquérito» ya citado en su versión española). Y, con ellos, los que versan sobre la definición y delimitación de las unidades territoriales: «Divisões geográficas: áreas, zonas, domínios, regiões, andares», hasta ahora inédito y de cuya dedicación soy agradecido deudor; las divisiones tradicionales del país según Leite de Vasconcellos, el condicionamiento geográfico de las áreas lexicológicas del territorio portugués, y el de la elaboración progresiva de un sistema geográfico de división en el mismo país lusi-

tano. Mención particular merece en este sentido el titulado e igualmente inédito hasta ahora «A Meseta de Leão e Castela-a-Velha: uma região interior da Espanha vista por vários geógrafos». En 46 páginas contrapone en él las divisiones de la región realizadas por Terán en la *Geografía de España y Portugal*, de Montaner y Simón; Herman Lautensach en su *Die Iberische Halbinsel*; García Fernández en la *Geografía Regional de España*, de Ariel, y Carlos Carreras y Edmundo Gimeno, en la *Geografía de España* dirigida por Vilá Valentí. Para Ribeiro es muy sugestivo ver la manera con la que distintos geógrafos tratan esa gran unidad espacial, ya que «Do confronto dos vários pontos de vista surgem importantes conclusões de Geografia regional».

En algún pasaje de sus escritos asevera Orlando Ribeiro que sólo se puede explicar con corrección lo que correctamente se analizó e interpretó. Análisis, interpretación y exposición han ido en él hermanados. Así lo afirman los numerosos discípulos que ha tenido en su cátedra universitaria y en el Centro de Estudios Geográficos creado por él en Lisboa. Así lo comprobamos Antonio Campesino y el autor del presente comentario en el recorrido que realizó sólo para nosotros por el centro y sur de Portugal sin dejar él de explicar y sin cansarnos nosotros de escucharle. Y así lo revela este conjunto, propio de quien posee un saber enciclopédico y al que cabe aplicar lo que él mismo dice de la obra de otro colega: «source permanente de réflexions et de suggestions».— ÁNGEL CABO ALONSO

*Geografía y colonialismo en España**

Conviene primero sintetizar brevemente el contenido de la obra, aunque con observaciones personales sobre algunos capítulos, para valorarla y comentarla al final en su conjunto.

Oportuno y fundamental nos parece el capítulo I sobre «Las Sociedades Geográficas en el Mundo», porque, con solidez, hará posible después el estudio del contexto y causas de la Sociedad Geográfica de Madrid (S.G.M.). Comprende, en primer lugar, un ambicioso contenido (en texto y en un enjundioso apéndice I) sobre todas las Sociedades Geográficas del mundo; en segundo lugar, el

análisis de las Sociedades Iberoamericanas de Geografía con sus relevantes peculiaridades; terminando el capítulo con el estudio de las poco conocidas «corporaciones geográficas españolas de los siglos XVIII y XIX».

Pero esto último hay que completarlo con lo estudiado en el capítulo II: «Colonialismo y Geografía: las Asociaciones Geográficas españolas». Esclarecedora me parece aquí la introducción relativa a las causas del colonialismo decimonónico y su relación con la Geografía. Pero el epígrafe clave creo que es «La situación española y sus imbricaciones geográficas», donde, con claridad y datos en buena medida originales, se exponen las peculiaridades, tareas y aspiraciones de España respecto al movimiento colonial del siglo XIX. Más en concreto, pero con igual carácter, se estudian a continuación los proyectos y tareas colonizadoras de Manuel Iradier y La Exploradora, S.G.M. y colonialismo, viajes y viajeros a África, Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil de 1883, Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas y Sociedad Española de Geografía Comercial. Culminando el capítulo con un epígrafe, creo que atractivo y tratado con comprensión, sobre «los procesos y las ideas coloniales de los geógrafos españoles». La extensión y calidad de este capítulo justifica que parcialmente conforme el título de la obra, sobresaliendo más aún su valor porque éste era un tema casi inédito en la historia de la Geografía española y que implica una cierta reconciliación con la Geografía europea, donde tanta importancia tuvo el colonialismo.

Como puede inferirse de su título —«La S.G.M. 1876-1936»— el capítulo III constituye otra de las claves del libro de Rodríguez Esteban, estudiándose en él, y aportando un valiosísimo arsenal de datos, la fundación y organización de la S.G.M.; miembros; publicaciones y biblioteca; economía y actos públicos.

Una reflexión personal sobre los datos empíricos, cualitativos y cuantitativos, ofrecidos en esta parte me lleva a comprender que, en efecto, en este período la Geografía era considerada como «la más excelsa de las ciencias», pero me asalta también la duda de la temprana y endeble identidad de esta disciplina, en la que la más preclara sociedad fue gestada sobre todo por militares e ingenieros, y en la que los geógrafos eran minoría. Por ello se comprende también que, a medida que las disciplinas afines se vayan configurando como ciencias, la Geografía pase cada vez más a ser «ciencia residual».

Todo lo anterior hay que completarlo con el capítulo IV sobre «la labor cultural, política y científica de la S.G.M.». Tras un epígrafe referido a los postulados

* RODRÍGUEZ ESTEBAN, J. A.: *Geografía y colonialismo. La Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1936)*. Madrid. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1996, 412 págs.